

Luc Boltanski, *De la crítica. Compendio de sociología de la emancipación*, Madrid, Akal, 2014.

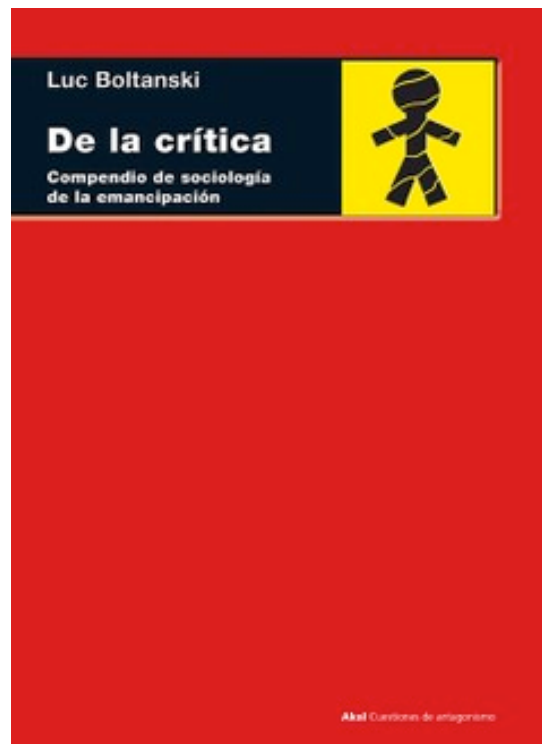
Por [Illán Hevia Gago](#)

Todo nuevo proyecto establece una diferencia respecto a su pasado y, por lo tanto, constituye así su identidad. Pero no todo nuevo proyecto hace explícitas esas diferencias. Esto es lo que propone el sociólogo francés Luc Boltanski en *De la crítica: compendio de sociología de la emancipación*.

La génesis de este libro se sitúa en tres charlas pronunciadas en 2008 en el Instituto de Investigación Social de Fráncfort, dentro del ciclo de las *Conferencias Adorno*. El asunto que se trata de aclarar es la relación que mantienen la sociología y la crítica social.

Una relación que, por otra parte, tiene la dificultad de que imbrica dos elementos que operan de manera diferente sobre el marco social: si la sociología aparece como una instancia exterior a esta realidad social, la crítica junto a la que trata de operar se muestra como un lugar interno de la misma sociedad. El propósito no es otro que la formulación de una sociología de la crítica que sea capaz no sólo de describir la realidad social, sino también de actuar normativamente sobre esta.

Hablar de Boltanski es también hablar de una figura ligada académica y biográficamente a Pierre Bourdieu y la sociología crítica. Sin embargo, de lo que trata el texto aquí reseñado es de desmarcarse de las investigaciones de Bourdieu, de señalar sus fallos y de buscar elementos diferenciales que permitan solventar sus dificultades. El objetivo normativo está basado en una descripción sociológica que



busca “retornar a las cosas mismas” (p. 47). Boltanski propone un nuevo marco teórico que traiga nuevos aires sobre la sociología crítica. Estas corrientes incorporadas tienen como elemento común el pragmatismo, que es asumido ya sea en su versión original estadounidense, ya a través de la filosofía francesa —Gilles Deleuze y Bruno Latour—, ya a través de la lingüística y la filosofía analítica.

El nombre con que Boltanski denomina este nuevo giro es *sociología de la crítica* o *sociología pragmática de la crítica*. La primera piedra de toque que distingue a la propuesta pragmatista de la sociología de Bourdieu se sitúa en el mismo sujeto social. Boltanski ya no habla, como aquel, de *agentes* inmersos en un mundo que les es dado, sino de *actores* que tienen un papel activo en la realidad social.

Por otra parte, Boltanski distingue entre los momentos *prácticos* y los momentos *metapragmáticos* de la sociología. En los primeros, los actores operan sobre la realidad social. En los segundos, estos mismos reflexionan sobre esta misma realidad, no sólo con ánimo descriptivo sino con ánimo valorativo. Se trata así de evitar lo que en la sociología de Bourdieu se presenta como el hecho de que las disposiciones de los actores tengan mayor peso que su situación.

Antes de entrar en materia, parece oportuno señalar una cuestión que hace explícita el mismo autor. Se trata de “las dificultades que presenta el paso de la forma «conferencia» a la forma «libro»” (p. 7) y que aquí se encuentra con un texto cuya lectura no siempre es clara. En este sentido, cabe incluso la sospecha de que la extensión del libro obedezca más a motivos editoriales que a razones expositivas, lo que deriva tanto en una sintaxis en ocasiones enrevesada como en rodeos léxicos que parecen no querer decir lo que dicen de la manera más concisa posible. Pero esto en absoluto resta potencia a unas ideas que siguen en la estela de *El nuevo espíritu del capitalismo*, coescrito junto con su compañera Ève Chiapello y que supone el estudio más reconocido de Boltanski. Pero sin más rodeos, vamos a *De la crítica*.

La pregunta que atraviesa la obra remite al menos hasta Étienne de La Boétie y es formulada como sigue: “¿por qué aceptan los actores la existencia fáctica de desigualdades siendo [...] que resulta harto difícil justificarlas, incluso desde el punto de vista de una lógica meritocrática?” (p. 73) O dicho de otra manera: “¿cómo un *pequeño número* de actores puede establecer de manera duradera un poder sobre un

gran número de actores?” (p. 75) La respuesta que ofrece la sociología pragmática de la crítica pasa por el concepto de *dominación*.

La dominación es presentada como una asimetría entre los actores que tiende a abarcar la totalidad. Además, nunca se da de forma explícita, sino que tiene que ser desvelada y despojada de los dispositivos que la camuflan. Por lo tanto, la dominación no es sólo una discriminación o una explotación que distribuye de cierta manera bienes materiales y simbólicos, sino que se trata, para Boltanski, de algo que va más allá. Este es uno de los puntos en los que el sociólogo francés insiste en desmarcarse de la sociología crítica de Bourdieu.

Según Boltanski, esta sociología crítica ofrece una noción de dominación “vaga” y de “tendencia platonizante”, de tal manera que los actores sociales acaban siendo percibidos como “individuos engañados” (p. 40). Esto deriva entonces en unos análisis que sitúan al investigador social como un desvelador de lo real que, por contra, es incapaz de dar cuenta del cambio social que efectivamente sucede. La alternativa que brinde la sociología pragmática de la crítica debe entonces conservar la posibilidad de cuestionar la realidad social sin descuidar la acción política de los actores ni sus expectativas pluralistas.

¿Cuál es el punto central de los enfoques pragmatistas de la sociología de la crítica? Enfatizar la “*incertidumbre* que amenaza las disposiciones sociales” (p. 91) y la fragilidad de un mundo en el que ni siquiera el sujeto político puede ya ser definido con claridad. Y es que este, el problema de quién sea el sujeto político, atraviesa el texto.

En efecto, Boltanski es capaz de diferenciar como entes distintos dos grupos sociales respecto a la relación que estos grupos mantienen con las instancias legales o, en términos sociológicos, *reglas*. Así, cabe hablar de *dominantes* y *dominados* como dos grupos que mantienen con estas reglas posiciones *simétricas* e *inversas*. Por un lado, los dominantes, quienes elaboran dichas reglas y tienen la capacidad de sustraerse a ellas. Por otro, los dominados, que reciben las reglas desde afuera y no pueden evitarlas salvo sanción. Además, se advierte de que en ambos grupos se sitúan siempre *los mismos*, pues “son efectivamente *los mismos* los que siguen considerando que la realidad es satisfactoria, siendo también *los mismos* los que juzgan [...] que la realidad continúa siendo extenuante” (p. 71). No obstante, esta

distinción no puede eludir el carácter ficcional de la categoría de colectivo. A pesar de los esfuerzos de varias generaciones de teóricos de inspiración marxista, la delimitación de las clases sigue siendo una tarea sin resolver. Como señala Boltanski, la perspectiva de clase debe eludir las diferencias individuales, reduciéndolas hacia un punto de vista preferencial que opere “como criterio de agrupación de los diferentes actores” (p. 72).

Pero no se trata en ningún caso de evitar el pluralismo. Al contrario, se trata de mantener el pluralismo salvando el escollo que supone para los dominados la *fragmentación individualista* en que se encuentran. La sociología de la crítica tiene la labor de investigar las condiciones que favorecen esta fragmentación para buscar fuerzas de trabajo colectivo que permitan contestar a la posición dominante. Pero esta no puede nunca ser una tarea individual, pues la cuestión acerca de la realidad social “no puede ser [...] objeto de una respuesta individual” (p. 122).

Entonces, si es ficticia la categoría de colectivo y tampoco cabe que la realidad se instaure individualmente, ¿cómo se decide *lo que es*? Luc Boltanski deja esta labor en manos de las *instituciones*, en quienes los actores delegan esta cuestión. Sin embargo, el asunto no se cierra aquí. La institución no está exenta de tensiones sino que es ella misma ambivalente. Más aún, ella misma se encuentra en lo que Boltanski denomina *contradicción hermenéutica*. Esta contradicción reside en un binomio indisociable que hace de las instituciones algo que es al mismo tiempo necesario y frágil, opresivo pero benéfico. En resumen, para Boltanski, creer en una institución supone también criticarla. Pues el horizonte de toda institución es una “pacificación sin residuo” que tiene como fondo la idea de un bien común. Pero la institución sólo puede lograr esto “privando de la palabra [...] a los *descontentos*” (p. 157). De esta manera, la labor de la institución para decidir *lo que es* se retrotrae a la forma de la violencia simbólica e incluso a las labores policiales (p. 133). He aquí la gran contradicción en que se encuentran las instituciones, íntimamente ligadas a la violencia. Por un lado, porque la contradicción hermenéutica gira en torno a la violencia que, por otra parte, es indispensable para las instituciones en su labor de ocultar esta contradicción para mantener los regímenes políticos de dominación. A partir de este punto, Boltanski no puede ya evitar hablar de la institución por excelencia, el Estado y, más concretamente, el Estado-nación.

Boltanski da cuenta de la transformación que en la actualidad está sufriendo el Estado-nación tal como hasta ahora era concebido. De este modo, el Estado-nación está siendo objeto de un desinterés que posee doble filo. Por una parte, el abandono del Estado puede redundar en beneficio de formas de “constitución del mundo común que [...] hacen suyo el lenguaje de las comunidades o de las comunas, o aun el de las redes” (p. 248). Esta pérdida de confianza en el Estado es también una forma de desnudar el capitalismo y sus contradicciones internas. Por otra parte, se menciona la amenaza latente de que este abandono del Estado libere la dominación capitalista. Pero Boltanski aquí va más allá de este punto y menciona ciertos aspectos cruciales para entender la cuestión.

En primer lugar, no puede caer en el olvido que “el capitalismo siempre ha sido aliado del Estado” (p. 248), pues son estas labores institucionales las que hacen “posible el establecimiento de mercados” (p. 128). En segundo lugar, porque el giro neoliberal de las últimas décadas no ha buscado deshacer el Estado, sino transformarlo de tal manera que se adapte a los nuevos procesos del capitalismo. Y estas nuevas formas ya no se manifiestan como antaño, sino que su modo de dominación escapa del esquema clásico de la *opresión*, que entraría dentro de lo que Boltanski denomina *formas de dominación simple*. Por contra, nos encontramos ante formas de dominación que sortean la opresión, rehuyen la idea de la dominación y *en el ámbito público* evitan recurrir a las instancias represoras. Boltanski las denomina *formas de dominación gestora*.

Esta nueva forma de dominación procede, según el sociólogo francés, de los laboratorios de la *gestión* empresarial e introduce en el Estado una inversión. Si antes era el Estado el que servía como modelo para la gestión empresarial, ahora es la empresa la que sirve como modelo para gestionar el Estado. Empresa y Estado que, si bien son formas que tienden a relativizarse mutuamente, se dan sólo como parte de una contradicción hermenéutica que ahora funciona y domina por medio del *cambio*. Esto permite a los sistemas de dominación gestora esquivar las críticas de manera más eficaz que los sistemas represivos. Más aún, estos modelos no sólo incorporan la crítica sino que la reivindican como parte propia. Este modo de dominación acaba, señala Boltanski, desarmando la crítica o incluso someténdola a una profunda modificación.

No obstante, la dominación gestora sobrevive gracias a sus propios *periodos de crisis*. Estos periodos introducen una *incertidumbre radical* que, por otra parte, aparece como una realidad sólida e incontestable. Además, los momentos de pánico, desorganización, desconcierto moral... en fin, del “*sálvese quien pueda*” son los que instauran ese individualismo tan necesario en estos modos de dominación, que logran así esconder la contradicción hermenéutica (p. 214).

Pero sigue latente la cuestión del sujeto político, en este caso llevado al terreno de una posible *clase dominante*. Aunque Boltanski aquí de nuevo difumina toda delimitación posible. Pues los modos de dominación gestores se apoyan en *redes deslocalizadas*, en poderes que dan la impresión de ser sistémicos, de no pertenecer a nadie y de estar enteramente distribuidos. La idea de una clase dominante es ahora complicada, si bien es posible invocando la existencia de ciertos *lazos entre los actores* que, por otra parte, no nos permiten suponer que exista entre ellos ningún tipo de concertación explícita. Boltanski rescata términos de los trabajos de Bourdieu para describir una *división del trabajo de dominación*, una *orquestración sin director de orquesta* (p. 227).

Siendo este el panorama que puede describir la sociología de la crítica, ¿qué proyecto presentar? ¿cuál es el marco de la acción? O abreviando: ¿qué hacer? La iniciativa pasa por reforzar la crítica con el fin de incrementar la capacidad de acción de los actores sociales. Para ello resulta imprescindible una descripción de la realidad capaz de modificar los límites de esa misma realidad. La propuesta de Boltanski implica para la crítica “un cambio radical de la relación política con la contradicción hermenéutica”, que va dirigido a hacerla explícita de tal manera que sea posible para los actores influir en aquellos colectivos de los que forman parte. Esto tendría que realizarse de manera tal que no presentara una renuncia al conflicto en nombre de un acuerdo ilusorio, pero que no se detuviera “tampoco en el instante” (p. 242).

No se trata, en ningún caso, ni de esquivar a la idea misma de institución —pues ello supondría rechazar las oportunidades que ofrece— ni de reforzar su violencia simbólica. Se trata de reconocer “la presencia de la contradicción hermenéutica en el corazón mismo de la vida social” (p. 247) con el fin de reorganizar los esfuerzos prácticos colectivos. Se trata, a su vez, de encontrar los resquicios que permiten ir más allá de estas contradicciones sistémicas, aunando elementos dispares que abran

paso a una sociología de la crítica emancipadora. Más todavía, se trata de buscar una actividad política que evite la conformidad con esos poderes fácticos que llevan a la situación que describe la cita de João Guimarães Rosa que abre el libro: “tantísima gente —aterra pensarlo— y ni una sola que se sienta a gusto”.